

CAPITULO IV.

LOS OMMIADÁS DE CORDOBA.

De 756 á 774.

Revolucion en Oriente.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Los Omeyas.—Los Abassidas.—Horrible esterminio de la familia destronada.—Aventuras del jóven Abderrahman el Beni Omeya.—Acuérdate la fundacion de un imperio independiente en España.—El proscrito Abderrahman es llamado de los desiertos de Africa para ocupar el trono musulmico español.—Su recibimiento en Andalucía.—Prosiguen las guerras civiles.—Yussuf y Samail.—Triunfos de Abderrahman.—Los hijos de Yussuf.—Marsilio.—Irruptiones de africanos.—Nuevos triunfos y nuevas contrariedades de Abderrahman.—Sitio de Toledo.—Guerra de las Alpujarras.—Espantosa noche en Sevilla.—Sosiégase la Andalucía.—Considerable fomento y desarrollo que dan á su marina los árabes de España.

«Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, quedas el señorío á quien quieres, y ensalzas á quien quieres, y humillas á quien quieres. En tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.» Asi exclama un autor arábigo al dar cuenta de la gran revolucion y mudanza que sufrió el imperio musulmico, y que vamos á referir nosotros en el capítulo presente.

No era solamente en Africa y en España, no era solo en estos dos emiratos dependientes de Damasco donde ardia el horno de las guerras civiles, donde lo devoraba todo el fuego de la discordia. Acontecia otro tanto en Siria, en el centro del imperio, en la corte misma de los Califas. Por eso no podian ni reprimir con mano fuerte las revueltas de Africa y España, ni atender al buen gobierno de estas dependencias, ni evitar que se desgarráran en disensiones. Antes bien veian cómo se iban aflojando los lazos de estas provincias con el gobierno central, y cuando los walíes de las ciudades procedian á nombrar su emir de propia autoridad y sin consultar á Damasco, como sucedió con Yussuf en España, la situacion vacilante y débil en que se encontraban los Califas los obligaba á ratificarlo, ya que no podian impedirlo.

Combatido y vacilante traian las contiendas civiles el trono imperial de Damasco, principalmente en los cuatro últimos reinados desde Walid ben Yezid hasta Meruán, todos de la ilustre familia de los Beni-Omeyas, que habia dado catorce Califas al imperio. Meruán veia la marcha que hacía la emancipacion iban llevando las provincias mas apartadas. Pero amenazábale todavía otro mayor peligro. La raza de los Abassidas (Beni-Alábas), descendientes de Abbas, tio de Mahoma, y abuelo de Alí, aquel á quien el Profeta habia dado en matrimonio su hija Fátima, aspiraba á suplantarlo en el trono á los Ommiadas ó

descendientes de Abu Sofian. Uno de ellos, Abul-Abbas el Seffah, ayudado de su tío Abdallah, y del vazzir Abu Moslema, hombre feroz, tipo de los déspotas de Oriente, á quien no se habia visto reir en su vida, y que se jactaba de haber muerto medio millon de hombres, levantó el negro pendon de los Abassidas contra el estandarte blanco de los Omeyas, en cuyos colores se significaba la irreconciliable enemistad de los dos bandos. Meruán llamó á todos los fieles á la defensa de la antigua dinastía imperial; pero emprendida la guerra, perdió Meruán el trono y la vida en una batalla á manos de Saheh, hermano de Abdallah. Abul-Abbas se sentó en el trono de Damasco. Gran revolucion en el imperio musulmico de Oriente. Ella se hará sentir en España (749).

Horrible y bárbaro furor desplegaron los vencedores contra la familia del monarca destronado. Propusieron exterminar hasta el último vástago de la noble estirpe de los Omeyas. Todos los que podian ser habidos eran degollados. Noventa miembros de aquella ilustre raza habia hallado asilo cerca de Abdallah, tío del nuevo Califa; convidóles aquel á un festin en Damasco, como en demostracion de querer poner un término á las discordias. Cuando los convidados aguardaban á los esclavos que habian de servirles á la mesa esquisitos manjares, entraron de tropel en el salon del banquete los verdugos de Abdallah, y arrojándose á una señal suya sobre los

noventa caballeros, apaleáronlos hasta hacerlos caer exánimes. El feroz Abdallah hizo extender una alfombra sobre aquellos cuerpos expirantes, y sentado con los suyos sobre el sangriento lecho, tuvo el bárbaro placer de saborear las delicadas viandas oyendo los gemidos y sintiendo las palpitations de sus víctimas. Otro tío de Abul-Abbas hizo degollar á los Omniadas de Bassorah, y arrojó sus cáda-veres á los campos para que los perros y los buitres les dieran sepultura. Falta serenidad y aliento para referir el refinamiento de los suplicios inventados para acabar con la familia y raza de los Omeyas (4).

Solo un tierno vástago de aquella esclarecida estirpe, mancebo de veinte años, ausente de Damasco al tiempo de las ejecuciones, habia logrado salvar su cuello de la tajante cuchilla de los Abassidas. «Bendito sea aquel Señor, vuelve á exclamar aqui el «escritor árabigo, en cuyas manos están los imperios, «que da los reinos, el poderío y la grandeza á quien «quiere.... Estaba escrito en la tabla reservada de los «eternos decretos que á pesar de los Beni-Alabás, y «de sus deseos de acabar con toda la familia de los «Beni-Omeyas, todavía se habia de conservar una «fecunda rama de aquel insigne tronco, que se establecería en Occidente con floreciente estado.» Era

(4) Abul Feda, *Annal. moslem.* History of the mohamm. dinast.—
—D'Herbelot, *Bibliotec. Orient.*— Roder. Tolet. *Hist. Argb.*
Conde, part. 1, c. 39.—Al Makari,

este jóven Abderrahmán ben Moawiah, nieto de Hixem, décimo Califa de los Omeyas. Huyendo este jóven príncipe de la furiosa persecucion de los sacrificadores de su familia, refugióse á Egipto, donde anduvo errante de lugar en lugar, temeroso siempre de ser reconocido. Expiados allí sus pasos, tuvo que pasar al pais de Barca, donde entre aquellas tribus salyages halló una hospitalidad que le era negada en su patria. Allí el ilustre proscripto, criado en las delicias de la corte y del serrallo, hacía la vida agreste del beduino, manteniéndose de leche y de cebada medio cocida, y abrigándose en un humilde aduar, pero admirando á todos por su agilidad y destreza en el manejo de un caballo, por su conformidad en las privaciones, por el sufrimiento en las fatigas y por la serenidad en los peligros. Un dia llegaron allí los emisarios del Califa con un grueso destacamento de caballería: «¿Está por aqui, preguntaron á los beduinos, Abderrahman el Beni-Omeya?—Aqui ha venido, respondieron, un jóven desconocido que acompaña á la tribu en sus cacerías: hácia aquel valle ha salido con otros jóvenes á la caza de los leones.» Y les señalaron una lejana cañada. Dirigiéronse allí los satélites del Califa, y entretanto avisado Abderrahman pudo fugarse con seis animosos jóvenes del aduar que se brindaron á escoltarle.

Caminaron los siete viageros cruzando montes y collados de arena, oyendo á su paso el rugido de los

leones y el maullido de los tigres, y errando de desierto en desierto llegaron á Tahart, en la Mauritania, capital de la tribu de los zenetas, donde habia nacido Tarik el conquistador de España ⁽¹⁾. La madre de Abderrahman era tambien originaria de aquella tribu. Allí encontró el jóven príncipe su patria. Su desgracia, su amabilidad, su noble continente, interesó á los jéques de aquella rústica tribu, y todos le ofrecieron proteccion. Pero hasta en aquellas apartadas comarcas le perseguia el odio inextinguible del Califa ⁽²⁾.

Acontecia esto en ocasion que la guerra civil asolaba las mas fértiles provincias de nuestra España, cuando Yussuf, Samail y Ben Amrú, y las razas partidarias de cada caudillo traian los pueblos fatigados con sus peleas, y los hacian víctimas de sus rivalidades y particulares enconos. El mismo exceso del mal, decíamos al terminar el anterior capítulo, les inspiró el remedio. Resueltos á oponer un dique al torrente de tantas calamidades, acordaron los ancianos y jéques de todas las tribus celebrar una junta en Córdoba, con objeto de arbitrar un medio de salir de tan angustioso y afflictivo estado. Congregáronse hasta ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, como por milagro escapados de la

(1) Es tambien el pais donde en nuestros dias se estableció, segun Defrance, el célebre Abdelkader. (2) Cónde, part. II, cap. 1.

muerte en tantas guerras civiles ⁽¹⁾. Convinieron todos en la poca esperanza que habia de poder salvar la España musulmana de los horrores de la anarquía, y en el ningun remedio que podian aguardar de la corte de Damasco, agitada como estaba ella misma y á tan larga distancia de la Península. Ayub el de Eme-so propuso como único medio de salvacion elegir un gefe que los gobernára con independencia del imperio de Oriente, y ante el cual todos se inclináran, pues ni ellos ni los pueblos debian ser por mas tiempo juguetes de las miserables ambiciones de sus caudillos. ¿Pero dónde hallar un hombre que reuniera tan excelentes dotes como se necesitaban para salvar asi la causa del Islam en España? Suspensos estaban todos, hasta que se levantó Wahib ben Zahir, diciendo: «La eleccion de un príncipe no es dudosa: yo os propongo un jóven descendiente de nuestros antepasados Califas, y del linage mismo del Profeta. Proscrito y errante vaga ahora por los desiertos de Africa sin familia ni hogar: pero aunque perseguido y prófugo, es tal su superioridad y su mérito, que hasta los bárbaros le quieren y le veneran. De Abderrahman os hablo, el nieto del Califa Hixem ben Abdelmelek.»

(1) Id. cap. 2. Es la segunda vez que vemos á los musulmanes de España reunirse en asamblea para elegir un gefe que los gobernara. Creemos por lo tanto que se equivocó el ilustrado Roseev-Saint Hilaire, cuando al hablar de la que antes celebraron los jiques de las tribus árabes y egipcias para nombrar á Yussuf dice: «Esta asamblea, única de este género de que hallamos vestigio en los historiadores árabes.....» *Histoir. d'Espagn.* lib. III. c. 3.

Aprobaron todos los jeques el pensamiento, y acordó la asamblea que Themán y Wahib pasasen en comision á Africa á ofrecer en su nombre al fugitivo huérfano Beni-Omeya un trono independiente en la Península española. Partieron los emisarios, y los demas quedaron preparando los ánimos para el buen éxito de la importante resolucion acordada en la asamblea ⁽¹⁾.

Mientras los comisionados desempeñaban su encargo cerca del príncipe sirio, á quien hallaron en un pobre aduar de la tribu de los zenetas, Yussuf, vencedor en Aragon del rebelde Amrú, despues de haber tenido á éste, con su hijo y su sagaz secretario el Zohiri, encarcelados en Zaragoza, habíalos conducido á Toledo en camellos y con cadenas. Descansado que hubo algunos dias en aquella ciudad, partia para Córdoba con los caudillos de Andalucía, cuando una tarde, reposando con su familia en un ameno y frondoso valle del camino, llegaron dos mensajeros anunciándole que los pueblos de tierra de Elvira estaban esperando con ansia la llegada de un príncipe Ommiada, á quien habian ofrecido el gobierno de España, y que era universal el levantamiento y entusiasmo por aquel príncipe. Indignado con esta nueva Yussuf, descargó su cólera y rabia sobre los infelices prisioneros, mandándolos despedazar en el acto. El emisario no le habia engañado. En aquellos momentos el príncipe

(1) Conde, cap. 3.

Abderrahman con viento propicio verificaba su tránsito de las costas de Argel á las playas de Almuñecar. Agolpáronse los pueblos á recibir al ilustre vástago de los Beni-Omeyas, llamado del desierto para ocupar el trono de España (755). Acompañábanle sobre mil ginetes de la tribu africana que le habia dado asilo. No bien puso sus plantas en tierra española el jóven príncipe, la muchedumbre le victoreó con frenético entusiasmo: los jeques y caudillos de las tribus sirias y egipcias saludáronle con júbilo y rindiéronle homenaje. La gallarda presencia del jóven, que entonces contaba veinte y cinco años, su talle esbelto y varonil, su dulce mirada y graciosa sonrisa, todo contribuía á aumentar la satisfaccion y á realzar la idea que les habian hecho formar de la gentileza del deseado príncipe, escoltado por sus fieles zenetas, y seguido de una inmensa comitiva, atravesó la Alpujarra y llegó á Elvira, incorporándosele en el camino voluntarios de todas las partes de Andalucía. Toda su marcha fué una verdadera ovacion. Cuando llegó á Sevilla llevaba ya veinte mil hombres armados, y la ciudad le dispuso una entrada triunfal. Jamás príncipe alguno fué mas sinceramente aclamado: «Dios ensalce á Abderrahman ben Moawiah,» era el grito que resonaba por todas partes.

Súpolo todo Yussuf el Fehri, y escusado es decir el enojo y desesperacion que le causaria. Dió orden á su hijo para que defendiese la ciudad y comarca de

Córdoba, mientras él y Samail allegaban gente en las demas partes, y ponian en movimiento las tribus amigas de Mérida, Toledo, Valencia y Murcia. Pero la suerte habia abandonado á los caudillos que con sus rivalidades habian manchado de sangre el suelo de España, y puéstose del lado del que aparecia en ella como el iris de paz en medio de tantas tormentas, y que habia de brillar despues como un sol en despejado horizonte. El jóven Abderrahman batió al hijo de Yussuf que le habia salido al encuentro, y le obligó á encerrarse en Córdoba. Adelantábanse en tanto Yussuf y Samail con numerosas huestes, confiados en vencer fácilmente á un jóven inesperto y bisoño. Pero Abderrahman, dejando en el cerco de Córdoba diez mil infantes, salió con otros tantos caballos al encuentro de los dos orgullosos caudillos: á pesar de la inferioridad y desproporcion numérica, embistió Abderrahman con tal ímpetu, que no hubo filas que resistieran las lanzas de sus fogosos escuadrones: los dos ejércitos combinados quedaron deshechos. Yussuf no paró hasta la Lusitania; Samail con las reliquias de su gente se retiró hácia Murcia; el hijo de Yussuf salió con sus tropas desalentadas camino de Mérida, y Córdoba abrió sus puertas al vencedor.

De esta manera quedó en poder de Abderrahman la ciudad que habia de ser asiento y silla de su imperio. Y aunque todavía para asegurar su naciente trono tuvo que luchar contra recios huracanes, quedó

por decirlo así instalado el imperio árabe español, independiente de Asia y Africa, empezando la dinastía de los califas árabes españoles con el último y único vástago de la familia de los Beni-Omeyas, que por tantos años había tenido el califato de Damasco.

Dióse pocos días de reposo Abderrahman en Córdoba. Salió luego para Mérida con la mayor parte de su ejército. Las ciudades le abrían sus puertas como á un libertador, y los jeques se le presentaban á rendirle homenaje. Mas noticioso el hábil Yussuf de la escasa guarnición que en Córdoba había dejado, dirigióse rápidamente á esta ciudad por desusadas sendas, como práctico que era ya en el país, y apoderóse de ella por un atrevido golpe de mano. Avisado de ello Abderrahman, retrocedió con no menor precipitación, si bien Yussuf, no teniendo valor para esperarle en la ciudad, habíase corrido ya con su hueste, reunida otra vez á la de Samail, hácia tierra de Elvira. Allí los siguió el intrépido sirio, y acosándolos por entre los desfiladeros de la Alpujarra, dióles alcance en Almuñecar (*Hins Almuñecáb*, fortaleza de las lomas), teatro de las primeras glorias de Abderrahman. Empeñóse allí otra mas brava y tenaz peléa, en que la fortuna favoreció segunda vez las armas del ilustre descendiente de los califas. Retiráronse á Elvira los vencidos, y parapetáronse al abrigo de la villa de los Judíos (756). La poca gente que á Samail

quedaba, el prestigio que veía ir ganando al joven Omniada, la idea que este último golpe le había hecho formar de las altas prendas militares del ilustre emir, todo le movió á proponer á su compañero Yussuf el venir á una avenencia y transacción con el afortunado vencedor de Córdoba y de Almuñecar. Accedió á ello Yussuf aunque con repugnancia. Deseaba también Abderrahman poner término á tan sangrienta guerra, y estipuláronse los tratos. Mostróse en ellos Abderrahman tan generoso, que queriendo premiar á Samail por la parte que había tenido en la sumisión de Yussuf, le dejó el gobierno de la España Oriental. A Yussuf ofreció completo olvido de lo pasado, y éste por su parte hizo entrega de las fortalezas de Elvira y la Alpujarra. Tremoló pues el pendon blanco de los Omniadas en todas las fortificaciones de las márgenes del Darro y del Genil, y los sometidos pasaron á tierra de Murcia, donde los hijos de Yussuf, mas tenaces aun que su padre, no dejaron de conspirar y atizar de nuevo la guerra.

Terminada esta campaña, procedió el joven emir⁽¹⁾ á visitar algunas provincias y ciudades prin-

(1) Aunque el objeto había sido hacer de España un imperio musulimico independiente, los primeros soberanos Omniadas de Córdoba solo tomaron el modesto título de *Emires*; y aunque no usaron hasta más adelante el de *Califas*, comúnmente se los nombra en las historias arábigas y cristianas desde Abderrahman I. ó Califas ó reyes ó emperadores. Nosotros, hecha esta salvedad, emplearemos también cualquiera de estas denominaciones generalmente adoptadas.

cipales, entre ellas Mérida, donde entró con gran pompa á la cabeza de sus fieles y distinguidos zene-
tas. Paseó la ciudad á caballo entre las aclamaciones de una multitud encantada de su amabilidad, gentileza y gallardía: él por su parte tuvo todavía ocasion de admirar los magníficos restos de la famosa Emérita de Augusto: trató con su genial dulzura á musulmanes y cristianos, y recibió allí los enviados de las ciudades de Estremadura y Lusitania que iban á ofrecerle sus respetos. Recorrió despues algunas comarcas de los Algarbes, y regresó apresuradamente á Córdoba, con motivo del estado crítico de la sultana Howara, que á los pocos dias le dió felizmente un hijo. Entonces, contando ya mas asegurado el trono (757), decidióse á hacer la capital del emirato asiento y córte del nuevo imperio. Las horas que los negocios del estado le dejaban libre, entreteníalas agradablemente en los bellos jardines de Córdoba que le recordaban con placer los de su amada Siria. Para que fuese mas vivo el recuerdo, plantó con su mano aquella esbelta palma que tan célebre se hizo en los anales de la España musulmana. En otro lugar hemos observado la singular circunstancia de haber sido plantada la reina de las selvas orientales por la mano de un árabe ilustre en los mismos sitios en que ocho siglos antes habia crecido el famoso plátano puesto por el mas ilustre de los capitanes romanos. Los jardines de Córdoba eran testigos de estas grandes revo-

luciones de los tiempos; un mismo recinto veia sucederse una planta á otra planta, un héroe á otro héroe, y un imperio á otro imperio. Pero César era guerrero é historiador, y su plátano tuvo que celebrarle un poeta de España; Abderrahman era guerrero y poeta, y él mismo compuso á su palma aquella célebre y tierna balada que los árabes repetian de memoria, y que revela toda la dulzura de sentimientos del jóven príncipe Omniada:

Tú tambien, insigne palma,—eres aqui forastera;
De Algarbe las dulces auras—tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas,—y al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloraras—si cual yo sentir pudieras;
Tú no sientes contratiempos,—como yo, de suerte aviesa:
A mí de pena y dolor—continuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué—las palmas que el Forat (1) riega;
Pero las palmas y el rio—se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados—y de Alabas la fiereza
Me forzaron á dejar—del alma las dulces prendas.
A ti de mi patria amada—ningún recuerdo te queda:
Pero yo triste no puedo—dejar de llorar por ella (2).

A invitacion de Abderrahman vinieron á España muchos personajes ilustres de los que por adictos á la causa de los Beni-Omeyas andaban proscriptos y errantes por Siria, Egipto y Africa, que fueron los

(1) El Eufrates.

(2) Traducción de Conde. En este género de metro, el mas usado en la poesía árabe, cada uno de los versos, divididos por dos hemistiquios, equivale á dos de los de nuestros romances.